

CAPÍTULO VIII.

(1864)

El Oriente de Michoacán.—Maravatío y Zitácuaro.—Reseña histórica de ambas poblaciones.—Riva Palacio.—Patriotismo de los zitacuarenses.—Pléyade de héroes.—Los indios.—Primera invasión de los franceses.—Gran feria.—La virgen de Zitácuaro, ¡chinaca!

Hemos visto que las operaciones de la campaña de Michoacán se verificaban en el centro y Poniente del Estado. En el Sur y en el Norte se disfrutaba de una tranquilidad relativa; pero en el Oriente fermentaba el espíritu de la guerra. Dos poblaciones de aquel rumbo se aprestaban á la lucha: Maravatío y Zitácuaro. La primera filiada siempre en el bando del absolutismo; la segunda distinguiéndose por su amor á la libertad.

Poco tengo que decir de Maravatío. Es una población muy antigua, habiendo debido su importancia en otra época á ser lugar de tránsito entre México y Morelia. En 1855 el Gobierno del general Santa-Anna le concedió el título de villa, por las opiniones políticas de sus habitantes, si bien lo merecía por su aspecto simpático; por ser el centro de una rica comarca, productora de cereales; por el panorama risueño de aquel inmenso valle, regado por el caudaloso río Lerma; por la cultura de su vecindario y por la proverbial generosidad de su gente. Al de Maravatío están unidos los nombres de Ocampo y de Echaiz, distinguidos patricios del liberalismo.

En cuanto á Zitácuaro, paladión de los insurgentes, de los soldados de Ayutla, de los de la Reforma y de los patriotas en la segunda guerra de la independencia, merece la extensa

mención comenzada en el capítulo primero de este libro y que continúa en el presente.

Lejarza, que escribió su estadística de Michoacán en 1822, da ya el título de villa á Zitácuaro, sin decir cuándo lo obtuvo. El padre Villaseñor, en su *Teatro Americano*, lo llama pueblo. Tengo entendido que, á consecuencia de los importantes servicios de sus habitantes en la guerra de insurrección, la Junta de Zitácuaro le concedió aquella preeminencia durante la época citada.

La ley de 17 de Noviembre de 1858 dió á la Villa de San Juan Zitácuaro el título de "*Ciudad de la Independencia*," "por haber sido un firme sostén de la causa de la libertad, desde la gloriosa lucha de México por su emancipación de la antigua España," y la ley de 20 de Abril de 1868 mandó "que se le llamase *Heroica*, declarando que sus vecinos han merecido bien del Estado por sus distinguidos servicios en la última guerra de independencia."

La misma ley decretó "que se erija en la plaza principal de Zitácuaro un monumento á la independencia, con cargo á los fondos del Estado, y que de la misma manera se construyan cuatro túmulos consagrados á la memoria de Crescencio Morales, Nicolás Romero, Francisco Serrato y Donaciano Ojeda, muertos en defensa de la Patria." Hasta hoy ha quedado en olvido la ejecución de esta parte del decreto.

El Presidente Juárez, siempre justo apreciador del patriotismo, expresó respecto de Zitácuaro los honrosos sentimientos que constan en la siguiente carta:

"Durango, Enero 2 de 1867.—Sr. Jefe político de Zitácuaro D. Carlos Mexia.—Mi estimado señor:—Aprovecho el regreso de vd. para el Estado de Michoacán, para suplicarle haga presente á los buenos patriotas de Zitácuaro mi más profunda gratitud por la conducta digna y honrosa que han observado, y por los grandes sacrificios que han hecho en defensa de la independencia y libertad de nuestra patria. El Gobierno, á pesar de la distancia á que se ha hallado, y de la incomunicación en que ha estado con los pueblos del interior, está al tanto y admira los heroicos sacrificios que han hecho los buenos hijos de Zitácuaro en favor de la causa na-

cional. La patria no olvidará esos sacrificios, y el Gobierno procurará recompensarlos oportunamente, cuando sus aflictivas circunstancias se lo permitan, y de la manera que le sea posible. Entretanto, sírvase vd. felicitarlos á mi nombre por el triunfo que ya está muy cercano de la santa causa de la patria, y ordene lo que guste á su amigo afectísimo—*Benito Juárez.*”

Este es el aspecto moral de Zitácuaro; su alma llena de patriotismo: veamos ahora su topografía.

La situación de la ciudad es en una hondonada entre dos inmensas montañas, el *Cacique* y el *Pelón*, y un cerro llamado “Camémbaro.” Casi dentro de la población está la pequeña colina “El Calvario.” En sus alrededores se hallan los puntos del Hoyo de la Arena y de Guadalupe, y en esta dirección, pero más lejos, el de Tierra Quemada. Tres caminos desembocan en la ciudad; el de los Malacatepeques y Tierra Quemada, por Guapalupe; el de Tuxpan y Maravatío, á que se unen el de Trojes y Angangueo, penetrando por el Hoyo de la Arena, y el tercero que conduce á Laureles, Tuzantla, Carácuaro y Huetamo, y pasa por entre el Cacique y Camémbaro, dejando á la derecha el histórico monte de Cópore. Esta situación es desventajosa para Zitácuaro, porque la ciudad puede ser bñtida con éxito por diversas partes. Es el motivo por el cual el general Riva Palacio nunca esperó al enemigo dentro de la población; lo dejaba penetrar á ella y en seguida se apercebía á atacarlo.

Y puesto que he mentado el nombre del caudillo que tuvo Zitácuaro en la segunda guerra de independencia, voy á decir cómo era y cómo andaba en aquella época.

Conocí al general ya entrada la campaña, rodeado de sus inseparables y viejos ayudantes el coronel Alzati y Jesús Verduzco, y á su servicio un mozo que se llamaba Abraham. Riva Palacio, como todos los dueños de fincas de labor en México, monta bien á caballo y sabe manejar el corcel: vestía un traje que le era peculiar; sombrero fieltro de ala ancha, levantada hacia el lado derecho é inclinada hacia el izquierdo: dormán de paño azul con alamares, pantalón ancho y bota fuerte de charol. Cuando iba á pie usaba á veces una

capa de paño aplomada de las que entonces llamábamos zaragozas. Es de estatura regular, de vivos movimientos, moreno, y quebrado el escaso pelo que circunda una calvicie prematura. Detrás de los espejuelos chispean de inteligencia los ojos. En aquellos días el general era muy joven, pues rayaba en los treinta años.

Me era ya conocido de nombre por su fama de literato y por sus antecedentes de patriota, pues nadie ignoraba que al principio de la guerra había levantado á sus expensas una fuerza de caballería para incorporarse al Ejército de Oriente á las órdenes del general D. Ignacio Zaragoza. En el sitio de Puebla, en donde figuraba como jefe del Estado Mayor del general González Ortega, recibió orden de salir de la ciudad para conferenciar con Comonfort y pasar en seguida á México á desempeñar una comisión cerca del Presidente D. Benito Juárez. Riva Palacio pudo abandonar la ciudad cuando rompió el sitio la división de caballería al mando de D. Tomás O’Horán; cumplió satisfactoriamente la misión recibida, y no siéndole posible penetrar de nuevo á la ciudad, se puso á las órdenes de Comonfort, y en consecuencia asistió á la batalla de San Lorenzo, en que fué derrotado el “Ejército del Centro,” primero de esta denominación.

Acompañó al Gobierno nacional cuando en Mayo de 1863 se trasladó á San Luis Potosí, y allí quiso el Sr. Juárez que se encargara de la dirección del *Diario Oficial*, pero Riva Palacio suplicó que se le mandase mejor á servir en el ejército. Entonces el Sr. Lerdo de Tejada le ofreció el ascenso á general de brigada, que tampoco quiso aceptar. El 24 de Septiembre fué nombrado Gobernador y Comandante Militar del 1.^o Distrito del Estado de México, cuya capital era Toluca. Toda esta demarcación estaba ya en poder del imperio, y en consecuencia era un campo para la lucha deseada.

Riva Palacio abandonó inmediatamente á San Luis Potosí, no sin haber recibido antes su paga de marcha—¡veinticinco pesos!—para él y sus compañeros Antonio Andrade é Hipólito Ortiz. Llegó á Morelia en los primeros días de Octubre, habló con el Gobernador D. José López Uruga, y marchó en seguida á Zitácuaro, en donde el Jefe político, general Jesús

Díaz de León, no le prestó auxilios de ningún género. Sin embargo, el coronel Riva Palacio, recogiendo allí ocho hombres que pertenecían á las fuerzas de Toluca y cuyo jefe era Agapito Contreras, continuó su marcha, y poniéndose á la cabeza de la caballería del 1.^o Distrito que mandaba Peña y Barragán, penetró al centro del Estado de México, pero fué sorprendido en Polotitlán por la vanguardia del ejército francés y de la división Mejía que emprendían ya la campaña del interior. Los liberales fueron derrotados, y Riva Palacio, retirándose por el Real del Oro, regresó á Zitácuaro. Esta fué la primera de la serie de expediciones que el Gobernador del 1.^o Distrito enviaba ó conducía personalmente desde Zitácuaro á los alrededores de Toluca, siendo la *Ciudad de la Independencia* el foco de aquel fuego que debía durar más de tres años. De estas expediciones no hablaré sino rara vez, cuando su importancia lo demande, porque, hechas fuera de Michoacán, son extrañas á su historia.

Al principio, los vecinos de Zitácuaro no veían con buenos ojos que fueran á proveerse allí de recursos fuerzas que no eran de Michoacán y cuyos servicios no redundarían en pro de aquella entidad federativa. En obsequio de la justicia hay que decir que no fueron hostiles al personal del Gobierno y tropa del 1.^o Distrito, puesto que veían en ellos patriotas que, como los de Zitácuaro, defendían la causa nacional. Después desaparecieron estas rivalidades de provincialismo, se fundieron en un solo pensamiento las tropas, en el de luchar sin descanso, y Riva Palacio se convirtió en un caudillo popular, querido y respetado por unos y otros. En aquella ciudad, en donde todos los hombres son soldados, y en donde hasta las mujeres alientan el espíritu de libertad, halló colaboradores incansables para la lucha. En las casas de Zitácuaro se construía el parque, se fabricaba la pólvora, se fundían las balas y se construían los cartuchos. Me acuerdo que Riva Palacio y Bernal cortaban las piezas para el uniforme de los soldados, y que las patriotas señoritas de Zitácuaro las cosían hasta dejar terminados los vestidos. Cuando aparecía el enemigo, los jóvenes que no ingresaban á las filas, servían de exploradores; la gente del pueblo, de correos; las mujeres, de vivanderas. Zitácuaro era un constante campamento.

Entonces fué cuando Riva Palacio formó aquel núcleo de jefes distinguidos por su valor, por su constancia, por su abnegación, por su fe en el triunfo de la patria. Nicolás Romero, Crescencio Morales, Luis Robredo, Félix Bernal, Francisco Serrato, Donaciano Ojeda, Luis Carrillo, Valencia, muertos unos en el cadalso y los demás en el combate, y León, Castillo, Granda, Acevedo, los Alzatís, Germán y Lorenzo Contreras, los Coutos, Manuel Alas (hijo), Lalanne, Romo, Pedro García, Borda, Limón, Marroquí y tantos otros. En el círculo de amigos patriotas que lo rodearon en Zitácuaro, ayudándolo con sus trabajos en la política, estaban el Dr. José María Manzo Ceballos, los Lics. Manuel Alas, Manuel Saavedra, Luis Couto, Urbano Lechuga y Felipe Méndez, y los Sres. José María Mateos y sus hijos José y el Lic. Manuel Mateos Alarcón. Como empleado de Hacienda, para cobrar las contribuciones en el 1.^o Distrito, contaba Riva Palacio con D. J. Zeferino Gómez Gallardo.

Consigno todos estos nombres, como un justo recuerdo al patriotismo de aquellos ciudadanos: muchos quedan en el olvido, porque mi memoria no alcanzó á conservarlos todos, y porque no se me han podido ministrar cuantos informes he solicitado.

Al lado del general andaba también un personaje grotesco, pero patriota y fiel, conocido con el apodo de *Tanta Lancha*, del que me ocuparé en alguna ocasión que sea oportuna.

No trato aquí de hacer la biografía de Riva Palacio, sino de trazar alguno de los rasgos de su vida que se relacionan con la campaña. Solamente diré que cuando se lanzó á la guerra estaba recién recibido de abogado y apenas acababa de formar su hogar con aquella noble matrona de alma de ángel, Josefina Bros, dulce, modesta, inteligente y lleno el corazón de caridad.

Riva Palacio encarnó por aquel tiempo el espíritu de la libertad en Michoacán. Sin desatender las oportunidades de hacer la guerra en el 1.^o Distrito, el teatro de su constante lucha fué el territorio de aquel Estado, con él identificó su nombre y para él fueron la mayor parte de sus importantes servicios, como se verá en el curso de estos apuntes.

Justo tributo de reconocimiento hacia el general Riva Palacio fueron los decretos de 15 de Febrero y 21 de Abril de 1868, expedidos por la Legislatura de Michoacán; que lo declararon ciudadano michoacano y benemérito del Estado.

Y puesto que ya conocen los lectores la topografía de Zitácuaro, sus hombres, sus elementos de guerra y el caudillo que volvió á hacer de aquella ciudad un baluarte de libertad, como la hicieron los Rayones, Benedicto López y D. Nicolás Bravo en los tiempos de la insurrección, digamos ahora algo más especial respecto de los vecinos. Dividíanse éstos en las dos castas en que generalmente están clasificados los habitantes de la República, indios de raza pura y *gente de razón*, comprendiéndose en ésta los descendientes de españoles y los mestizos. Los indios son, por lo común, indiferentes á las cuestiones políticas y guardan completo egoísmo é indolencia para con los beligerantes;¹ y sin embargo, los que ingresan al ejército son soldados sufridos, valientes, sobrios, dóciles á la disciplina é incansables en las marchas. Acostumbrados desde la niñez á llevar en la espalda los frutos que van á vender á las grandes poblaciones, el fusil y la cartuchera son para ellos una carga ligera. Ya sea por su completa ignorancia ó por su falta de ilusiones ó de ambición, ningún apego tienen á la vida, y mueren con admirable estoicismo, lo mismo en su cama que en el combate ó en el cadalso.

La conducta egoísta é indiferente tiene su excepción en el sentimiento religioso, que en ellos no es más que una verdadera idolatría: así pueden oír las más horribles blasfemias, ó presenciar el más impío sacrilegio contra los dogmas abstractos del cristianismo, que ellos no se escandalizarán; pero si se comete cualquier desacato contra las imágenes de los santos ó contra cualquier signo exterior del culto, pondrán el grito en el cielo y se levantarán en masa. Tienen sus santos favoritos, que son de ordinario los más deformes, y en consecuencia los que ellos creen más milagrosos; y si además la leyenda re-

¹ Hay excepciones honrosas, y más de una vez citaremos algunos pueblos de indígenas que se han distinguido por su amor á las instituciones libres. Los indios, llevados por el cebo del interés, sirven bien como correos y como espías: son astutos, incansables en el camino, y tan ligeros, que hacen jornadas que no podría hacer un jinete.

fiere que son aparecidos, no hay necesidad de decir entonces que el culto que los indios les tributan llega al paroxismo. Los de Zitácuaro tienen el orgullo de poseer una portentosa imagen de la Virgen, cuya historia, en compendio, dice que fué traída de España por el encomendero Juan Velázquez de Salazar, para el uso particular de su casa; pero que al pasar la mula que la conducía, frente á la iglesia de Zitácuaro, se entró en el atrio y se fué derecho á la puerta del templo, y que por más palos que le dieron no fué posible apartarla de aquel lugar, siendo patente la voluntad de la Señora de quedarse en aquella que desde entonces fué su casa. "Y así descargándola de la mula, el entendido animal se hincó de rodillas á adorarla, con lo cual quedó manifiesto el milagro." Que la virgen no quiso ni quiere salir nunca de Zitácuaro, lo demuestra otro milagro, el cual consiste en "que algunos años después de lo acaecido, un fraile franciscano, de nombre Francisco de Castro, propúsose llevar consigo la veneranda imagen, tomóle medida y le mandó hacer un cajón, y al colocarla en él, sobresalía la imagen tres dedos; rectificada la medida una y más veces, siempre sobraban los tres dedos, y aunque forcejearon para que cupiera, jamás lo consiguieron, por lo que acabó de confirmarse que la Madre de Dios no quería salir de Zitácuaro."

Justo es reconocer que los indios de Zitácuaro, ó llevados de alguna idea algo patriótica, ó más instruidos que sus hermanos de raza en otros pueblos, ó lo que es más probable, aleccionados por el ejemplo de civismo y por los principios liberales que habían visto ú oído proclamar sin interrupción, desde la primera guerra de independencia, eran más tolerantes en puntos de religión y menos egoístas en política. Entiéndese esto, empero, de una manera relativa, y más si se tiene en cuenta la época. Acababa la nación de abolir el culto externo, y la supresión de las procesiones fué un golpe mortal para los indios de toda la República que no vieron en la *Reforma* más que esa sola *herejía*. Dispuestos estaban, en consecuencia, á adherirse á cualquier partido que les permitiese sacar las *procesiones* acostumbradas. Cuando se comenzó á hablar de que la Francia mandaba sus ejércitos para restablecer

la religión católica en toda su pureza, los obispos encargaron á los curas que hiciesen comprender á los indios que el imperio tenía esa grande y sublime misión. ¿Qué extraño es, pues, que los indios considerasen á Maximiliano y á los franceses como á los restauradores de las procesiones? Ya hemos visto y seguiremos viéndolo, ¡que el más amargo desengaño derramó su acíbar en los cálices de los altares! El pueblo, por su parte, observó que los soldados extranjeros eran más *impíos* que los *puros* de acá, y poco á poco, andando el tiempo, se fueron aumentando los partidarios de los liberales.

Al iniciarse, pues, en Michoacán la guerra de intervención, los indios se manifestaban adictos al imperio. En cuanto á los demás vecinos, en su mayor parte profesaban los principios de la democracia, y si no faltaban algunos que opinasen de distinto modo, ya por parentesco, por amistad ó por espíritu de provincialismo, hubo una perfecta cohesión en todos, y todos prestaron sus servicios á la causa nacional.

Las observaciones anteriores caben muy bien en el carácter que he tratado de imprimir á este libro; mas dejándolas á un lado, por ahora, tiempo es ya de volver á la narración.

Dije que Uruga había nombrado Prefecto y Comandante Militar de Zitácuaro al general Jesús Díaz de León. Tanto por el origen del nombramiento, como porque no eran bien vistos allí los forasteros, y, en gran parte, porque aquel jefe no supo conducirse bien en el Departamento, pronto se vió rodeado de enemigos, y lejos de procurar calmar los ánimos, los exaltó, persiguiendo á algunos de los vecinos, é imponiendo préstamos y haciendo *leva* entre los artesanos y peones del campo. Un día de Enero del año á que vengo refiriéndome, los valientes de Zitácuaro se levantaron y se echaron sobre la fuerza de Díaz de León, jefe que pudo salvarse huyendo á pie y ocultándose, gracias á los cuidados de Sofía Calderón, hija natural del poeta zacatecano Fernando Calderón. El general Riva Palacio, que había salido á expedicionar, no se hallaba aquel día en Zitácuaro; pero informado de los acontecimientos, regresó en el acto por Tierra Quemada, pudo averiguar el paradero de Díaz de León, y comisionó á Darío Alzati para que le llevase recursos y lo pusiera en camino seguro que lo condujese al Cuartel General.

Pocos días después el general Berriozábal nombró Prefecto y Comandante Militar de Zitácuaro á D. Crescencio Morales, uno de los hacendados del lugar. Desde luego comenzó éste á organizar la guardia nacional, que en breve tiempo contó con cerca de cien infantes y una pequeña fuerza de caballería. La del general Riva Palacio estaba formada de dos compañías de infantería, al mando de Luis Carrillo, y de treinta mosqueteros á caballo á las órdenes de José Acevedo.

Con estos elementos se aprestó Zitácuaro para la campaña á que lo provocaba el Imperio. Las tropas de éste ocupaban las poblaciones inmediatas de Taximaroa, Maravatío, Angangueo, Tlalpujahuá, Ixtlahuaca, San José y la Asunción Malacatepec, la villa del Valle, Santo Tomás y Tejupilco, encerrando en un círculo de hierro á Zitácuaro.

En la tarde del día 27 de Marzo avisaron de Tuxpan que el coronel Clinchant con el primer Regimiento de zuavos y una fuerza de caballería de los traidores acababa de ocupar aquel pueblo. La noticia se difundió en el acto por toda la población. Riva Palacio y Morales, que en vano habían solicitado el auxilio de Elizondo para batir al enemigo, dispusieron la retirada, situándose el primero en las faldas del *Cacique* y el segundo en la extensa y elevada colina de Camébaro: las familias huyeron en todas direcciones, alojándose en los alrededores de la ciudad. A las doce de la noche las casas estaban abandonadas y sólo había algunos comerciantes cuidando sus tiendas, por la imposibilidad de trasladar sus efectos en tan pocas horas. Los indios permanecieron en la ciudad, encerrándose, sin embargo, en el interior de sus casas.

El día 28, á las once de la mañana, entraron los franceses, tambor batiente y bandera desplegada, en las desiertas calles de Zitácuaro. Se formaron en la plaza y destacaron grandes guardias á las orillas de la población, al mismo tiempo que fuertes escoltas, con exageradas precauciones, recorrían las calles. Largo rato permanecieron los zuavos, arma en brazo, hasta que, convencidos de que no había enemigo, colocaron sus fusiles en pabellón y se lanzaron sobre las tiendas y las casas, saqueándolo todo, con el furor de la rapiña, destruyendo lo que no pudieron llevarse y convirtiendo en leña los

Para concluir este capítulo, sólo resta explicar el motivo por qué los indios de Zitácuaro se pusieron con toda decisión, desde aquel día, del lado de las tropas republicanas.

Dije antes que, al concluir las cuatro horas que los franceses permanecieron en la ciudad, se notó honda agitación entre los indios. ¿Era porque habían sido aprehendidos algunos de ellos? Pero esta aprehensión se verificó precisamente, porque el coronel Clinchant llegó á observar en aquellos hombres ciertos síntomas de rebelión. La causa fué la siguiente: los zuavos habían penetrado al templo y con gran desacato bajaron de los altares algunas imágenes, entre ellas la de la famosa Virgen de que he hablado, la cual fué encontrada por sus guardianes en el pavimento de la iglesia. Tan grande injuria sublevó el ánimo de los devotos indios y comenzaron á congregarse con fines hostiles, motivo por el cual el jefe de los franceses echó mano de algunos, amenazándolos con la muerte y llevándolos consigo, y la prudencia le aconsejó que cuanto antes debía salir de Zitácuaro.

¿Cómo podían creer los indios que fuerán defensores de la religión los que derribaban las imágenes, los blasfemos, los sacrílegos? Jamás los liberales llegaron á tamaña impiedad. No faltó, entre los fanáticos, quien asegurara que los franceses habían tratado de llevarse á la Virgen, lo que no pudieron conseguir ni por la fuerza, dada la voluntad de esta Señora de no abandonar jamás su casa, y aun se afirmó que la Virgen primero era *chinaca* que *traidora*.

Sea de ello lo que fuere, los indios de Zitácuaro y de todos los pueblos de los alrededores, fueron desde aquel día poderosos auxiliares de los republicanos, sus mejores exploradores, sus más fieles correos, los más expertos espías. Implacable era su odio contra los defensores del imperio, y alguna vez sucedió que habiéndose escapado del poder de nuestras tropas un prisionero imperialista (un médico de la división Márquez), los indios lo persiguieron como á *perro del mal*, y como perro del mal quedó muerto á pedradas.

CAPÍTULO IX.

(1864)

El tesoro.—Coacmalán.—Depósito de parque.—Repetidos combates.—El contraguerrillero Cristóbal Orozco.—Sus proezas.—Mariano Gil.—Un rasgo de valor de este oficial durante la revolución de Ayutla.—Un sobrino del emperador Iturbide.—Asesinato con toda felonía.—Fin de la carrera militar de Orozco.

Según queda dicho en los capítulos anteriores, la retirada en derrota de nuestras tropas que atacaron á Morelia, la rápida expedición del general Douay hasta el corazón del Estado, la ocupación, por parte de fuerzas imperialistas, de las poblaciones del Oriente, las intrigas y la discordia entre los liberales que rodeaban al Gobierno de Berriozábal, todo había producido una gran desmoralización entre los soldados republicanos, el desaliento en los pueblos, la falta de fe en muchos michoacanos. Se había como paralizado la lucha, y se esperaba con temor el curso de los acontecimientos.

En cambio, el enemigo había cobrado bríos y emprendía una tenaz persecución á los liberales, ora por medio de sus contraguerrilleros enviados al combate, ora reduciendo á prisión á los ciudadanos que vivían pacíficos en las poblaciones. No contento con proceder así, por medio del cohecho fomentaba la traición y promovía pronunciamientos contra el Gobierno legítimo.

Se recordará que los agentes ocultos del imperio habían divulgado el rumor de que en el inmenso convoy que por dos

A la vista de tan numerosos bultos, se despertó la imaginación de los coalcomeños, y en voz baja se comunicaban los unos á los otros que el *tesoro* subía á un *millón de pesos*. Confirmaba la especie un desconocido que decía haber estado presente cuando se empacó el dinero en Morelia y en Uruapan. No se necesitaba más para espolear la codicia. Un comerciante del lugar, hombre de malos instintos, de peores antecedentes, y que se había hecho muy rico por malas y buenas artes, comenzó á reunir su gente, y ya en número de doscientos, la noche del día 26, cayeron sobre la pequeña escolta del convoy que se dispersó en el acto. Alvarez y sus empleados pudieron montar á caballo y huyeron á toda prisa. Aquel jefe estuvo á punto de caer en poder de los sublevados; pero se salvó abandonando su remonta; y conducido en hombros de sus mozos, pudo ocultarse en el bosque.

Los *pronunciados* no se empeñaron en seguir á los fugitivos, sino que corrieron á apoderarse del cuantioso botín. Penetraron con hachas de ocote á los cuartos y comenzaron á abrir á golpes las cajas de fulminato, las del parque y los sacos de pólvora. No podían creer en su amargo desengaño; allí no había un solo peso, ni una sola barra de plata; todo era material de guerra que contemplaban á la luz de los hachones, de los que escurrían gotas de trementina. ¿Cómo no estalló aquel hacinamiento inflamable, convirtiéndose en carbones á los hombres que buscaban el tesoro? Es cosa que no me explico, sino diciendo lo que el vulgo: "¡cosa mala nunca muere!" ¡No ardió un solo grano de pólvora!

Pero, en cambio, se perdió para el Gobierno legítimo el cuantioso resto del inmenso material de guerra con que contaba el Estado, pérdida que no pudo repararse en toda la campaña.

Después de este suceso, en que Coalcomán quedó pronunciado, las gavillas infestaron aquel país: otras nuevas, formadas de desertores de Uraga, se unieron á aquéllas, dejando interrumpida la comunicación de Michoacán con Colima y con el Sur de Jalisco. Una de tales gavillas asaltó en el pequeño pueblo de Pihuamo al general Porfirio García de León, al coronel Espejo y al ingeniero Francisco Vera, los cuales,

para escaparse, dejaron en poder de los guerrilleros imperialistas el magnífico equipaje que llevaban.

Entretanto, en el resto del Estado se multiplicaban los combates. El general republicano Zeferino Macías, con mil seiscientos hombres de las tres armas, atacó el 11 de Enero la plaza de la Piedad, defendida por una fuerza del imperio y por los vecinos que se declararon adictos á esta causa. La fuerza liberal fué rechazada, sufriendo algunas pérdidas.

Por aquel mismo tiempo, el infatigable guerrillero general Pueblita, jefe de la línea del Norte de Michoacán, expedicionaba por el Estado de Guanajuato, llevando á sus órdenes, además de su propia brigada, la de Querétaro, al mando del general Toro Manuel F. y del gobernador de aquella entidad federativa, Lic. José Linares. Estos jefes se hallaban en el valle de Santiago, cuando en la noche del día 2 de Febrero fueron sorprendidos por una columna enemiga compuesta de seiscientos franceses y cuatrocientos *mexicanos* al mando del comandante Estelle. La derrota fué completa, no pudiendo salvar los republicanos más que su fuerza de caballería.

El día 7 de Marzo fué batida por la contraguerrilla de Jorge Alejandre, una pequeña fuerza de Manuel González que se hallaba en Indaparapeo haciendo el cobro de contribuciones.

Los contraguerrilleros Suárez y Alatorre derrotaron al Prefecto de Apatzingán, quien al avistarse el enemigo huyó con la caballería que mandaba, dejando sacrificados á los infantes, que á las órdenes de los oficiales Juan Delgado y Francisco Franco, hicieron una defensa heroica, hasta quedar aniquilada la pequeña tropa. Dicho Prefecto fué destituido por el Gobierno del Estado.

Por la misma época había sentado plaza de contraguerrillero D. Cristóbal Orozco, cuya familia era dueña de la hacienda de Zipimeo, en las inmediaciones de Zacapu. Orozco no ha tenido nunca opiniones políticas fijas, y su adhesión al imperio tenía por causa y fin salvar los intereses materiales de la citada finca. Orozco, sea por sus antecedentes de familia ó por el entusiasmo con que entonces abrazó la causa del imperio, llamó la atención por aquellos días en su actitud de con-

colta, aunque pequeña, que los acompañaba, indicaban ser el jefe y el Estado Mayor de aquella brigada de caballería. Mariano mandó apretar sillas, dando el ejemplo: los cinco *pronunciados* empuñaron la lanza y rápidos se echaron sobre el grupo, trabándose un reñido combate. De repente cesó la acción convirtiéndose unos y otros en ansiosos espectadores de un duelo personal á sable que sostenían Mariano Gil y el jefe de los del Gobierno. Aquella lucha era una especie de torneo: ambos adversarios manejaban el arma con admirable habilidad; ambos se mostraban serenos, procurando cada uno dar la muerte á su rival; ambos se dirigían la palabra, sin que de sus labios salieran frases soeces ó groseras, sino más bien voces animándose mutuamente á la pelea. Por un movimiento inesperado de su caballo, el jefe santanista dejó caer el sable, y temeroso por el peligro que corría, viéndose desarmado, echó mano al arzón de la silla para sacar una pistola. Listo como el pensamiento, se le juntó Mariano, se echó en ancas de su propio caballo, ciñó con sus robustos brazos el cuerpo del coronel, lo sacó de la silla y lo puso en la suya, exclamando á voz en cuello: *¡A escape!* Todo esto en un momento. Cuando los demás oficiales y soldados de la escolta volvieron en sí de la sorpresa, los chinacos huían en vertiginosa carrera, llevándose su presa. Llegaron á Cótiro, y Mariano Gil, presentando al general Huerta á su prisionero, le dijo:

—El señor es el jefe de los mochos que han pasado por el llano del Cuatro; él podrá informar á vd. sobre el objeto de la expedición.

El general Huerta se volvió al prisionero, y al mirarlo,

—¡Ah! Sr. D. Jesús, le dijo, ¿cómo es que viene vd. prisionero? ¿Lo han derrotado á vd.? ¿Pero quién? Por ahora no hay fuerzas pronunciadas en el terreno.

—Amigo D. Epitacio, con estos oficiales no necesita vd. soldados. Tiene vd. á sus órdenes verdaderos demonios, y lo felicito.—Entonces el coronel refirió á Huerta cómo había sido asaltado por Mariano Gil y cómo cayó prisionero en su poder. La conversación de ambos jefes fué larga, sostenida y llena de dignidad. Al terminarla, el general Huerta mandó ensillar uno de sus caballos, y dió orden á Mariano Gil de

que devolviese sus armas al prisionero y que lo escoltara hasta un punto cercano á la columna enemiga. El coronel santanista, sin dar las gracias sino sólo con un movimiento de cabeza, recibió la pistola que le entregaba Gil; montó á caballo; se despidió del general Huerta y emprendió su marcha sin voltear siquiera la cara á ver si lo seguía su vencedor. Aquel coronel era D. Jesús Malo, sobrino del emperador Iturbide y uno de los hombres más valientes que han militado en el ejército conservador.

Algunos días después llegó á Cótiro un mozo, conduciendo de la mano un soberbio caballo con silla plateada, un par de pistolas americanas, y pendiente de la cabeza de la silla un magnífico sable. El mozo llevaba también una carta en que D. Jesús Malo rogaba á Mariano Gil que aceptase aquel obsequio, que no era más que un tributo de admiración á la valentía de un *hombre*. Ahora al narrador toca decir que el obsequio era tanto más valioso, cuanto que procedía de otro *hombre*, tipo del valor, de la caballerosidad y del partidario firme en sus convicciones políticas.

Y viniendo ya á los aciagos días en que Mariano Gil iba prisionero de Cristóbal Orozco; como no se doblegó el patriotismo de aquél, sucedió que un día, sobre la marcha, fué miserablemente asesinado, cayendo herido á balazos que le dispararon por la espalda los contraguerrilleros de Cristóbal Orozco.....

El deseo, la ambición de éste era acabar con los guerrilleros del rumbo de Coeneo y Zacapu, y en efecto, el 3 de Abril derrotó en Huango las partidas mandadas por Méndez, Cardona y otros jefes; pero en lo que más cifraba su orgullo era en vencer á Ronda, á quien persiguió con encarnizamiento, volviendo á encontrarse con él el 7 de Abril en el llano del Cuatro, y logrando derrotarlo y poner en dispersión al famoso regimiento "Lanceros de la Libertad." Esta victoria aumentó la vanidad de Cristóbal Orozco y le dió mucho prestigio entre los imperialistas. Acaso por este motivo la Comandancia general de Morelia puso á las órdenes de aquel jefe á otro contraguerrillero llamado Luis Avalos, que se había levantado en armas en Purépero, indignado contra unas

ciones, haciéndolas aparecer como partidarias del Gobierno creado por la intervención francesa. Esta medida fué contraproducente en el orden militar, y en el político aumentó el odio que los pueblos tenían á los invasores.

Ahora bien, el 7 de Julio se hallaba Orozco en Zacapu, mandando una fuerza de doscientos infantes y trescientos jinetes, y tenía por segundo en jefe al exaltado reaccionario Manuel Heredia. Desde hacía tiempo que Ronda deseaba tomar revancha de sus dos derrotas de Penjamillo y el Cuatro, y además creía necesario aniquilar á Orozco, y con ello reconquistar el terreno de Zacapu y sus alrededores. Por aquellos días se le había reunido una guerrilla de Guanajuato, mandada por el coronel Francisco Hernández (a) *Cantaritos*, formando esta fuerza con la de "Lanceros de la Libertad," un efectivo de trescientos cincuenta hombres de caballería. Pernoctaron en Coeneo la noche del 6 de Julio y, al amanecer del día siguiente, se dirigieron á Zacapu, avistándose en el llano de las Tepacuas,¹ desde donde se desprendieron algunos jinetes á hacer *santiaguitos* en las calles de la población.

Orozco creyó llegado el momento de colocar un laurel más en su corona de vencedor, y salió con sus quinientos hombres: situó la infantería tras de una cerca, y avanzó con la caballería sobre los chinacos. Entonces Ronda comunicó su orden para la batalla en los concisos términos siguientes: "Hacemos como que corremos para que salga la infantería al llano, y cuando veamos que hacen *chorrito*, media vuelta y á la lanza." Dicho y hecho; cuando Orozco vió huir á Ronda con los suyos, ordenó que la infantería avanzase á paso veloz "para fusilar á todos aquellos bandidos."

Antes había emboscado Ronda una pequeña partida de los *Cantaritos* en las calles mismas de Zacapu, con las instrucciones convenientes.

Como rayo iba la caballería de Orozco sobre la de Ronda, como rayo avanzaban los infantes, y en su veloz carrera, se

¹ *Tepacua* en tarasco significa *llano*, de modo que resulta aquí el *llano de los llanos*. No son raros estos disparates, pues recuerdo que en Acámbaro hay una "barranca de *Cahuaró*," cuando *cahuaro* significa exactamente barranca

desorganizaron y comenzaron á hacer *chorrito*, y como rayo, entonces, dieron media vuelta los chinacos que huían por el llano, al mismo tiempo que aparecían los que estaban ocultos en la población y que atacaron por retaguardia. El rayo no hace más estragos en la rama de un árbol, herido en la extensión del tronco, que los que hicieron en aquella vez Ronda y Cantaritos en la tropa de Orozco. Corto fué el combate, terrible la matanza y completa la derrota de los imperiales, que jamás volvieron á reunirse. Orozco huyó rápido como el pensamiento, y jamás volvió á los campos de batalla, habiendo acabado así su brillante carrera militar que duró seis meses.